

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 247.—SÁBADO 19 DE NOVIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

CARLOS XII.

Carlos XII, rey de Suecia, hijo de Carlos XI, nació en 1682. Los ejercicios militares fueron sus primeros juegos, y era todavía un niño cuando manifestaba ya la ambición de un conquistador. Traduciendo un día á Quinto Curcio le preguntó su preceptor cuáles eran los pensamientos que tenía sobre Alejandro. «Pienso, respondió Carlos, que quisiera parecerme todo á él.» Pero tened en cuenta, advirtió prudentemente el preceptor, que tan grande hombre no vivió más que treinta y dos años. «¡Ah! se apresuró á interrumpir el príncipe: ¿y no es bastante cuando á esa edad se han conquistado ya tantos reinos?»

Aconsejado su padre por la prudencia, dispuso en su testamento que al nuevo rey no se le declarase mayor de edad hasta cumplir los diez y ocho años; pero él, lejos de prestar obediencia á semejantes disposiciones, se hizo proclamar mayor de edad á los quince años, arrancando la corona de manos del arzobispo Upsal, y poniéndosela él mismo sobre la cabeza con tanta espresion de dignidad y grandeza que impuso á la multitud, haciéndola prever que se preparaba un reinado belicoso.

La juventud de Carlos XII dió audacia á los reyes sus vecinos, que se prepararon á explotarla en provecho propio. Federico Augusto, rey de Polonia y elector de Sajonia, Federico IV, rey de Dinamarca, y Pedro el grande, Czar moscovita, formaron una liga contra él, y resolvieron acometer su reino por diferentes puntos.

El primer efecto de esta secreta alianza fué caer sobre el duque de Holstein, cuñado del rey de Suecia, contra el cual empezó las hostilidades el rey de Dinamarca. Aquí es donde el joven rey empieza á desplegar sus grandes talentos, que le colocaron poco después entre los primeros capitanes de su siglo. Ayudado por la Inglaterra, la Holanda y los príncipes de la casa de Lunebourg, se precipita sobre Dinamarca, sitia á Copenhague, y fuerza á los dinamarqueses en sus atrincheramientos, haciendo decir á Federico que si no hace justicia al duque de Holstein, va á destruir á Copenhague y pasar á fuego y sangre á todo su reino. Ante esta amenaza se alarma el rey de Dinamarca y se prepara á entrar en negociaciones con el duque de Holstein.

Esta guerra llevada á cabo con la velocidad del rayo, duró seis semanas. Pero incansable el joven Carlos y ansioso de vengar las injurias recibidas de sus enemigos, se arroja á batirse con los rusos que en número de cien mil sitiaban á Narva. Era un número inmenso comparado con el de los suecos que no pasaba de nueve mil, y que si no hubiera sido tan escasa la diferencia, podría haberse equilibrado la falta numérica con la disciplina y el valor real, porque los rusos eran tropas indisciplinadas y no tenían la experiencia y la sabia táctica de los suecos. Apenas llegó Carlos, cuando se lanzó lleno de coraje sobre ellos; les forzó en sus atrincheramientos causándoles una espantosa carnicería. Treinta mil fueron muertos y ahogados, veinte mil pidieron cuartel, y el resto se dió á la fuga. Carlos tuvo la fortuna de no contar de los suyos más que dos mil entre muertos y heridos.

Esta victoria, que le dió una prodigiosa reputacion en Europa, puede decirse que fué luego la causa de todos sus infortunios, pues dándole mucha confianza é inspirando sobrado atrevimiento, no le hizo soñar más que con guerras y conquistas.

Vencido el Czar, dirige Carlos sus armas contra Augusto: pasa el rio Duna, bate al mariscal de Strehan que le disputa el paso, fuerza á los sajones en sus puestos, gana una señalada victoria, atraviesa vencedor la Curlandia, se apodera de la Lituania, somete todo el país, y se hace dueño de Varsovia desposeyendo á Augusto del reino.—Persigue aun á este desgraciado príncipe, gana la batalla de Chissan, pone de nuevo en huida á la armada sajona, y coloca sobre el trono de Polonia á Estanislao Leczinski.

Reducido Augusto al último extremo, se vió obligado á pedir la paz, la que obtuvo con la condicion de reconocer á Estanislao por rey de Polonia. Carlos se contentó solo con la gloria que tantas conquistas le habian obtenido, y la Europa le admiró tanto por este desinterés como por sus victorias. Indudablemente era esta la ocasion de hacer una paz general que Carlos hubiera alcanzado muy fácilmente. La guerra que él habia hecho hasta aquí era tan justa que no habia nadie

que le acusara por ello; pero ya se habia vengado suficientemente de los que habian pretendido despojarle de su reino, venciéndolos y humillándolos, las batallas que dió de aquí en adelante no tuvieron otra causa que su ambicion desmesurada.

En 1707 salió de Sajonia con un ejército de cuarenta mil hombres, con el que adquirió desde luego una infinidad de ventajas, ganó un gran número de combates, obligó á los rusos á abandonar á la Polonia persiguiéndolos hasta Moscou. Pero aquí empieza á abandonar la fortuna, pues poco después pierde la famosa batalla de Puttavra en julio de 1709. Ocho mil suecos quedaron en el campo de batalla, y Carlos tuvo que acogerse á Turquía. De aquí en adelante la vida de Carlos es una continua sucesion de desastres, que á pesar de sus esfuerzos no le evitaron el ridículo título del Quijote del Norte. Murió en 1718.



Carlos XII.

GAZA DEL RUPICABRA EN LOS PIRINEOS.

Si después de llegar á Arlés se continúa aun contra la corriente del Tech, se hallará al cabo de algunas horas una pequeña ciudad pintoresca, rodeada de murallas y con un fuerte de poca importancia: es Prats-de-Mollo.

El viajero que llega á Prats-de-Mollo, fatigado de haber recorrido gargantas tortuosas y un camino escarpado, lleno de precipicios, queda agradablemente recompensado á la vista de un risueño valle que se presenta de pronto á su vista.

Yo llegué á Prats-de-Mollo un domingo á las cuatro de la tarde. Creí entrar en una gran ciudad al aspecto de un hermoso paseo formado de olmos y álamos seculares, á la vista de una puerta con puente levadizo, guardado por dos centinelas, de una calle de casas regulares que se prolonga hasta la puerta de España, y que es en efecto el mas bello barrio de

la ciudad: el resto está edificado en forma de anfiteatro, y solo se ven casas pobres, de triste aspecto, y calles súcias y enlodadas.

A algunos kilómetros de Prats-de-Mollo, al pié de la montaña de Costa-Bona, se encuentra el establecimiento termal de Preste. El valle se estrecha y el Tech corre por un cauce profundo formado por dos montañas escarpadas, salpicadas de algunas miserables cabañas edificadas sobre las rocas. A medida que se avanza, el paisaje se presenta mas severo. Las cercanías de la Preste estan rodeadas de precipicios; el Tech corre mugiente al pié del establecimiento termal, bastante bien situado y dominando estas agrestes bellezas.

Al llegar á Prats-de-Mollo acepté la invitacion de algunos cazadores para concurrir á la caza de rupicabras en los Pirineos. Partimos de Prats-de-Mollo el domingo por la tarde para albergarnos aquella noche en Cau-Pitot, alquería situada en la falda del monte Armaris. Edificada sobre la orilla derecha del Pareigola, afluente que se reune al Tech, Cau-Pitot es una de esas granjas cómodas, que en tan gran número se encuentran en los Pirineos.

En estos, en el fondo de los valles, y que casi no se resienten de la influencia de la sociedad, las costumbres se encuentran aun en toda su pureza, la religion en todo su fervor. Así, después de la comida, el abuelo de la familia tomó su rosario, y en compañía de las mujeres, que dejaron sus ruecas, y de los demás que suspendieron sus ocupaciones, le rezaron en alta voz.

A la una de la noche, cada uno tomamos nuestra escopeta, nuestro morral, y llamando á los perros, nos pusimos en marcha. Seguimos un sendero tortuoso, en el que avanzábamos con trabajo. Después, una oscuridad profunda se extendia en el fondo de los valles: rocas sombrías y elevadas, alumbradas por los pálidos rayos de la luna, parecen por su forma caprichosa é imponente, gigantes que velan sobre estas montañas: diríase ser sombras que solo esperan para disiparse los primeros rayos de la aurora. Al pasar al pié de un precipicio, huyeron algunas aves nocturnas que, agitando sobre nuestras cabezas, desaparecieron volando en direccion de la sombra. A medida que nos elevamos, el dia parece que sube con nosotros; las estrellas huyen rápidas; la luna, blanca y pálida como un fantasma que se evapora, va á desaparecer detrás de las montañas.

Llegados á la cima del monte Armaris, soltamos las traillas, que encuentran la pista de la liebre, y nos ponemos en marcha para llegar á la Jussedel-Callau, donde debíamos pasar la noche.

Casi todos los años, al principio del mes de junio, los pastores españoles conducen sus rebaños para que pasten en estos vastos prados. Después de haber buscado un sitio cómodo, al abrigo del viento, y sobre todo de la tramontana, construyen cabañas, ó mas bien chozas, porque cada una de ellas solo puede contener dos personas. Estas chozas estan situadas de manera que podan preservar el ganado y defenderle, en caso de ataque, de los lobos, muy numerosos en aquellos desiertos. En el país esta reunion de chozas se llama jasse.

Vimos desde lejos algunas cabañas que, cubiertas de tierra, no hubieran podido distinguirse sin el espeso humo que salia de una de ellas. Un haz de ramas de pino cerraba la entrada baja y estrecha. Allí encontramos un pastor que nos recibió cordialmente: aparentaba tener unos 40 años, de fisonomía severa, de facciones rudas y ennegrecidas por la intemperie y el humo, dándole todo un aspecto casi feroz. Vestia como todos los pastores de estos montes, que viviendo en países frios y habiendo de soportar las intemperies de un clima riguroso, usan pieles.

Este pastor habia quedado solo en su cabaña para disponer la comida de sus compañeros, los cuales no tardaron en llegar escoltando 7000 cabezas de ganado. Era curioso ver el órden con que los carneros se dirigian á su redil ó jasse. Enormes perros de largas y pobladas colas, adornados de collares erizados de espesas puntas de hierro para preservarse de las acometidas de los lobos, corrieron ladrando hácia nosotros.

Al entrar en la cabaña, cada pastor puso en el suelo una escudilla de madera de pino, y el pastor cocinero repartió con su cucharon la sopa de ajo que tenia preparada.

Llegada la noche, sentados los pastores alrededor del fuego, contaba cada cual una historia mas ó menos interesante



Jorge IV.



Guillermo IV.



Wellington.



Juana Shove.



Isabel de Yorck.



Enrique VIII.

riéndose lord Schirley; yo antes hubiera tenido inconveniente en casarme con la hija natural de Cromwel; y hoy día me casaría unas tras otras con todas las nietas, hijas, viudas y hermanas de vuestros trescientos regicidas. Y por el caso que voy á contaros, continuó bruscamente, vais á ver de dónde nace quizá esta especie de filosofía que domina en mis ideas.

Carlos I había cesado de vivir; Cromwel, cubierto de la sangre de su rey, se precipitó en Irlanda al frente de un ejército formidable, hizo levantar el sitio de Dublin al marqués de Osmond, entró por asalto en la ciudad de Tredalk, y pasó á degüello toda la guarnición. Solo á un hombre le dejó con vida: Cromwel lo reservaba para darle un suplicio mas horrible é ignominioso. La muerte desnuda era sobrado dulce á sus ojos para los enemigos de su execrable poder, y quería tormentos, lágrimas, oprobios, antes de entregarlos al verdugo.

Este infeliz, destinado á morir bajo el hacha de la revolución, era el joven conde de Schirley. Su estremada juventud, su bravura, el brillo de su mérito personal y su nacimiento, hubieran podido detener la venganza de cualquier otro hombre que no hubiese sido Cromwel; pero este feroz general, implacable como el infierno, no conocía la generosidad ni la clemencia.

Después de una cautividad de catorce meses, el conde de Schirley salió de su oscuro calabozo para comparecer ante unos jueces inicuos y vendidos á la tiranía. Su defensa fué la de un valiente, de un héroe; ni buscó disputar largamente una vida prometida á los sanguinarios placeres del populacho. Resignado en su suerte, no combatió los pretendidos crímenes que se le imputaban, sino con la leal enumeración de sus deberes, como soldado, como súbdito fiel y como ciudadano patriota. Pronuncióse su sentencia, y á Eduardo, conde de Schirley, le condenaron á ser decapitado la mañana del siguiente día, en la principal plaza de Dublin. Una sonrisa infernal asomó á los labios de sus jueces, y cierto murmullo aprobador se levantó de entre el auditorio; los esbirros se llevaron á Schirley, quien con la cabeza erguida y el mirar sereno parecía desafiar á la muerte, que había arrostrado tantas veces en los campos de batalla.

De vuelta sin embargo á su húmeda prisión, se despertó poderosamente el amor de la vida en su cora-



Enrique VII.



Guillermo IV.



Eduardo IV.



Isabel Widville.



Wickleffe.



Juana de Arc.

zon. Aquella paja podrida que tenía por cama, aquella lámpara sombría, cuya moribunda claridad reemplazaba á los escasos rayos que por una estrecha rendija penetraban hasta allí de vez en cuando; aquella piedra gruesa, cubierta con un pedazo de tapiz; aquellos hierros enmohecidos con el llanto de la desesperación de tantos miserables; todo se revistió para él de colores menos fúnebres, menos horribles que la muerte. «Con que es preciso dejarlo todo?» exclamó paseando sus miradas alrededor de su prisión. Y pronunció estas palabras con acento de ternura y de desaliento.

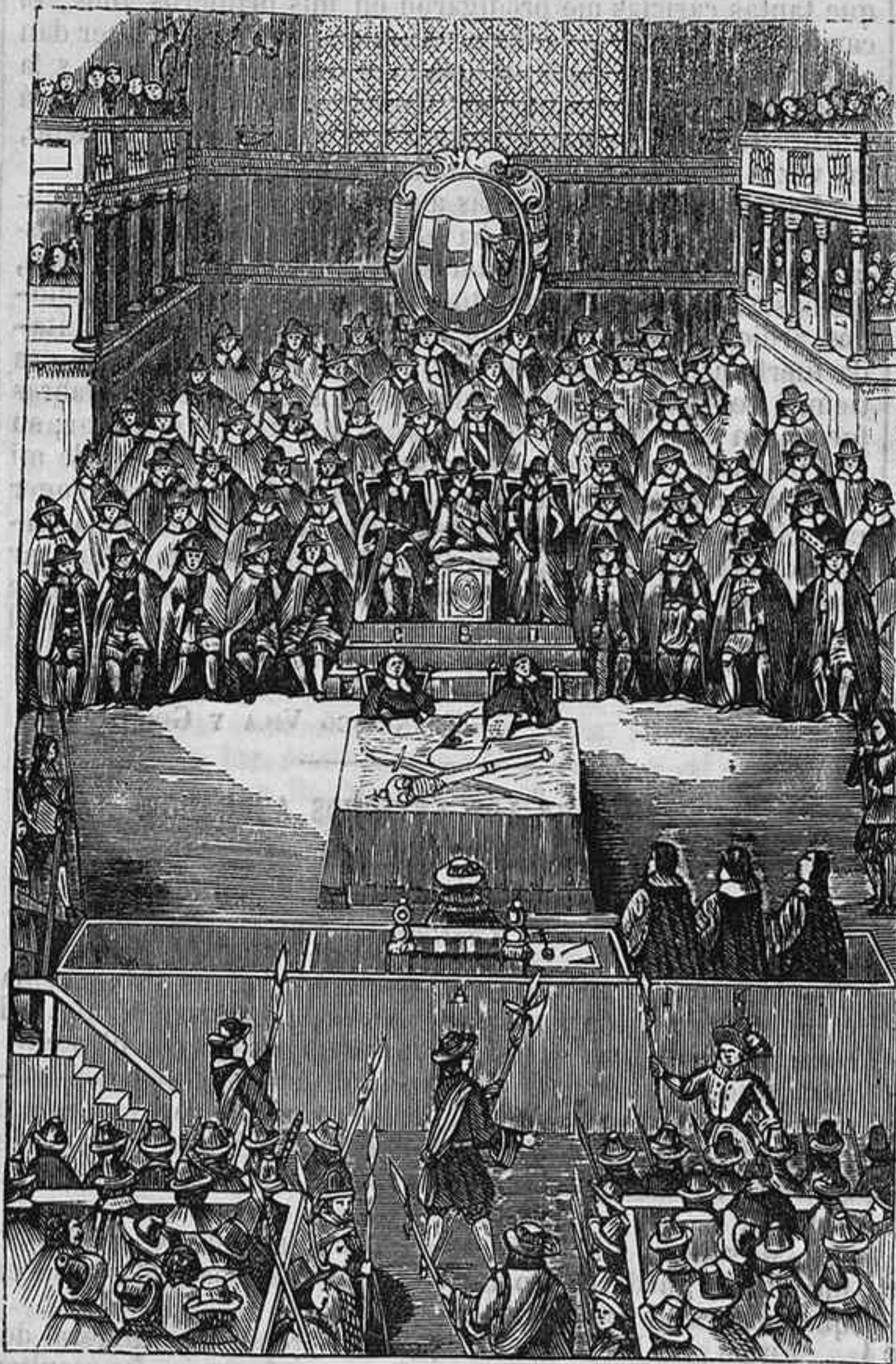
¡Qué! ¿estos limbos espantosos en que el hombre encadena al hombre llegan á ser ya mansiones tranquilas para aquellos que las han habitado largo tiempo? Sin duda; y luego ¿qué impresión puede hacer una cárcel á los veinte años, por espantosa que sea? ¡Un alma joven está tan llena de porvenir, el corazón late con tanta viveza, que bien se pudiera llamar la detención de un niño sobre una tumba!

¡Pero la muerte! la muerte es un abismo, un mar sin playa, donde á los veinte años se le arroja á uno á pesar suyo. En un combate puede uno mirarla frente á frente. ¡Es tan hermosa en el campo de batalla! Su largo vestido de púrpura está lleno de espadas, de coronas, de cruces, de charreteras: su mano descarnada las re-

parte con profusión, y para recoger alguna de ellas bien se puede arriesgar un fatal golpe en vago; porque la muerte en las batallas es avara, y si algo prodiga, también con usura quiere volver á tomarlo. ¡Pero la muerte en el cadalso! ¡gran Dios! Es preciso ser mas que un hombre para mirarla sin temblar.

Schirley conocía su situación. A pesar de su valor, á pesar de su filosofía, latía su alma con fuerza, porque en aquellas tinieblas no estaba espuesto á las miradas de la muchedumbre. Reducido á sí mismo, no era mas que un hombre, no era mas que un niño.

Apoyada su cabeza en sus dos manos, repasaba en su espíritu todos los dolores de su vida, cuando la idea de una madre y una hermana querida que dejaba sin protector alguno en el mundo le arrancó un grito. Lágrimas de fuego como la lava de un volcan salieron entonces de sus ojos. ¡Qué! ¿no podré yo recomendarlas antes de morir á algun hombre piadoso? ¿No me dejarán escribirles algunas palabras de dulce despe-



Cromwel disolviendo el parlamento.



Asesinato de los hijos de Eduardo.



Enrique V.



Sepulchro de Enrique V.



Catalina de Aragon.



Santa Elena.

—¡Madre mia! ¡hermana mia! ¡mi querida Jenny! ¡ni siquiera un beso de despedida, ni el postrer abrazo!
—No os apesadumbreis por eso, sir Eduard, respondió una ronca y salvaje voz.

ño de mis últimos instantes, y libértame de tu horrorosa presencia.

—El conde de Schirley, replicó el verdugo, había oído decir que no solo era valiente soldado sino también hombre de

á la cabeza de tu regimiento, y tú hacías fuego: á mí me dicen mata, y yo mato. Mira pues cómo eres tan feroz como yo.

—¿Como tú? ¿como tú? repitió Eduardo con acento de rabia y de desprecio.



Caning.



Lord Exmouth.



Ricardo III.



Lord Corvallis.



La princesa Carlota.

Y esta voz era de un hombre que acababa de entrar en el calabozo del conde Schirley entregado á una especie de delirio: no le había oído siquiera, aunque hacía ya algunos minutos

sentido comun. ¿Desmentirás esta opinion en tu último dia? ¿Qué, mi desgraciado título de verdugo te hace estremecer! ¿Mi presencia te hace temblar! Vaya una niña! Yo soy sol-

—Sí, como tú, replicó el verdugo. ¿Vas ahora á incomodarte porque te tuteo? No tenéis razon, conde: el destino de un caballero que va á morir y el de un verdugo que se con-



Francisco Burdett.



Lord Grey.



Catalina Howard.



La princesa Carolina.



Lord Browgham.

que estaba el desconocido delante de él con los brazos cruzados.

—¿Me habeis comprendido? continuó. Que no os apesadumbreis, os digo. Tal vez no está todo perdido: tranquilizaos.

Eduardo alzó entonces los ojos, y volviendo á tomar su firmeza habitual, le dijo: ¿Qué me quereis?

—Voy á deciroslo. Dejad que me siente, y desde luego asegúradme de si se os puede hablar en razon.

Mientras que el desconocido cuidaba de su seguridad, tuvo lugar Eduardo de mirarle bien. Era un hombre de unos cuarenta años, y de facha baja y comun; sus cabellos largos, rojos y grasientos, bastante cortos por el cogote, bajaban sobre su frente y cuadraban unos ojos vivos y penetrantes; sus mejillas, coloradas como la hez del vicio, caían por uno y otro lado de la cara como la de los dogos, y su boca ancha, grande y adornada de dientes negros y largos, presentaba un aspecto tan disforme y espantoso, que las palabras que de él salían provocaban á náuseas cuando no hacían estremecer. Este hombre singular estaba vestido de una ancha camisola de paño verde, y de un pantalon encarnado tan estrecho y ajustado, que se le hubiera podido tomar á cierta distancia por desollado en algun anfiteatro de anatomía.

La impresion de semejante personaje no era cosa de prevenir al preso en favor suyo. El conde Schirley le preguntó pues, así que le vió sentado en la piedra al lado suyo, qué era lo que iba á hacer en su prision.

—¿No lo conoceis? respondió el hombre poniéndose un enorme gorro de pelo de cabra, que por respeto maquinal se había quitado á la entrada.

—No.

—En este caso voy á deciroslo. Soy el...

—Acaba.

—El verdugo, añadió el hombre con un tono de voz mas lleno, pero mas dulce.

El ruido de las siete trompetas del juicio postrero no hubiera hecho mas impresion en el alma de Eduardo que aquella palabra siniestra y solemne; un sudor frio cayó sobre su frente; sus cabellos se erizaron, y se levantó precipitadamente por no partir su asiento con aquel terrible visitador; pero al levantarse tropezó, y el verdugo le tendió la mano para sostenerle. Aquella mano larga y ardiente agarró con fuerza el brazo de Eduardo.

—¿Qué es eso? exclamó el conde rechazando con desprecio el apoyo que le ofrecía. ¿Soy acaso ya presa tuya, ó ha llegado por ventura la hora del suplicio? Vamos entonces; pero si no, déjame due-

do de la justicia y nada mas; obedezco á los jueces, como tú obedecías en otro tiempo al conde de Osmond, al duque de Richemond y á otros muchos. Te mandaban hacer fuego

duce bien, es igual. ¿Quereis pues que gaste la etiqueta de White Hall en este calabozo? consiento en ello: pues bien, conde, vengo á hacer una propuesta á su señoría.

—¿Desdichado! ¿Es acaso la ironía alguno de sus instrumentos? ¿Cromwell reserva quizá á sus víctimas por gracia los insultos de su verdugo?

—¿Cómo se arrebató su señoría! ya os he dicho y os repito todavía que soy enteramente ajeno de esas matanzas ordenadas por el parlamento. Yo no hago mas que obedecer á mis superiores: ¿entendeis? A mis superiores inmediatos. Mañana al despuntar el dia os ahorcaré por orden del tribunal: pasado mañana ahorcaría también á Cromwell y á Fairfax, si el mismo tribunal me lo mandara. Señor conde, todos los verdugos no van vestidos de encarnado.

El verdugo sazonó esta reflexion con su sardónica risa: quitándose después el gorro, y echando sus cabellos rojos hácia los lados de su enorme cabeza, continuó:

—Pero no se trata actualmente de eso. Me he adelantado á la hora en que debía venir á visitaros para haceros partícipe de un proyecto, me engaño, que aunque os ofenda el término, es un ajuste el que he de hacer con vos. Escuchad pues sin interrumpirme, y prometedme ser sobrio de injurias hácia un hombre que no tiene mas defecto á vuestros ojos que el estar desempeñando un oficio necesario á la sociedad.

—Hablad, hablad, que ya os entiendo, respondió el joven conde, recobrando toda su serenidad.

—Treinta años há que ejerzo en Dublin el oficio de verdugo: mi padre era verdugo, mi abuelo verdugo: yo debía serlo; lo he sido, aunque bastante poco he hecho para ta oficio. Peter-on, me dije á mí mismo hace ya mucho tiempo, tú no has nacido para esta profesion; algun dia será pues preciso hacer renuncia y retirarte á Northumberland, de donde eres oriundo, y vivir allí como tranquilo ciudadano.

Tú tienes con que vivir noblemente; mas claro, eres rico: pues bien: estarás hecho todo un señor, y podrás decir: mis perros, mi castillo, mis administradores... ¡Hermoso sueño por cierto!... Pero vino la guerra civil, y el cadalso se declaró permanente, y yo he estado como el cadalso, siempre inmóvil. En fin, conde, menester es confesarlo, la repugnancia que á mi profesion tenia se ha cambiado de diez y ocho meses á esta parte en invencible horror, si, y lo peor es que de la repugnancia de mi oficio he pasado á la repugnancia de mi vida.

Peterson se detuvo un instante; sacó de su bolsillo una ancha caja de oro; tomó tabaco, después de haberlo ofrecido al conde, y continuó de esta manera



La condesa.

«usa, y me aflige tanto como puede indignaros. Pero estoy persuadida de que no há lugar en vuestro corazón la venganza, de que no sois capaz de aplastar á un enemigo vencido, y de que, después de haber hecho triunfar las leyes, os será dulce y grato dar oídos á la voz de la clemencia. Yo, aunque contra toda mi voluntad, he servido de pretexto á la última rebelion, y por lo mismo es preciso que la espie con mi muerte, ya que mientras viva se verá amenazada la tranquilidad del reinado de V. M. Mi esposo no puede presentar por sí derecho á la corona, y libre de mí, nada podreis temer de él. El exámen de mi conducta os garantiza la sinceridad de mis palabras, supuesto que he podido refugiarme á Francia y no he querido hacerlo. No ignoraba tampoco las condiciones que allí se me impondrian, y sabiendo además que la muerte de Dudley os interesa mucho menos que la de Juana, vengo á ofrecer os la cabeza de Juana en cambio de la de Dudley. Señora, mirad con ojos de piedad á mi esposo, y descargad sobre mí vuestra colera.

—Mucho amais á vuestro esposo.
—Tanto, señora, que su misma ingratitud para con vos no ha conseguido disminuir ese sentimiento. Por el cielo, por la dicha que en él os espera, no acorteis los días de mi esposo.

—Habeis dicho que me traiais vuestra cabeza en cambio de la suya.

—Aquí la teneis; disponed que el verdugo la separe de mi cuerpo; pero que viva él...

—¡Loca! ¿Olvidas que has caido entre las garras de la pantera? Tu cabeza... ¡miserable! tu cabeza me pertenece desde este instante sin que tú me la des, y la de tu esposo desde anoche. Juntos perecereis los dos. Guardias, gritó en seguida con voz de trueno, llevad á Juana Grey al calabozo mas estrecho y seguro de la Torre.

III.

Sir Enrique Bedingfeld, acompañado de tres individuos del consejo privado, y seguido de una escolta de doscientos caballos, llegó á Ashbridge, para cumplir la penosa y árdua comision que la reina habia encomendado á su celo.

Isabel se negó á recibir á los comisionados, prestando una indisposicion verdadera ó supuesta; pero como la ejecucion de las órdenes que llevaban no admitia dilacion, se vieron en el duro trance de entrar en las habitaciones de la princesa. Indignada esta, los acogió de una manera que indicaba la firmeza con que empuñaría el cetro, si algun día llegaba á caer en sus manos.

—No soy culpable de trama alguna contra mi hermana, les dijo, y me será fácil probar mi inocencia. Tened cuenta vosotros, que abusais aquí de su nombre... tened cuenta, os repito; no sea que llegue la hora en que me respondais de tan escandaloso proceder.

—Mucho me repugnaba encargarme de este servicio, señora, contestó Bedingfeld; pero la reina no ha admitido mis excusas. Será para mí el mayor placer el oír á V. A. sincerarse con S. M.: por lo demás, estoy bien seguro de que cuando considereis las cosas con sosiego, reconocereis que ni mis cóle-gas ni yo merecemos vuestras quejas.

Esto era saber apreciar el carácter de Isabel, pues en su alma estaba profundamente grabado el sentimiento de la justicia. Poco después de su advenimiento al trono, visitó al anciano guerrero en su residencia de Oxburg-Hal, y le dió pruebas de la alta estimacion en que le tenia: solia chancearse con él, y aludiendo al suceso que vamos relatando, le llamaba su *carcelero*.

Por fin salió la princesa de Ashbridge en una litera, y al cabo de cuatro días de marcha llegó á la capital.

Aunque siempre se presenta sombrío y amenazador el aspecto de la Torre de Londres, produjo entonces en el ánimo de los que escoltaban á Isabel una impresion mucho mas siniestra y terrible, porque el tiempo era tempestuoso, torrentes de agua envolvian á la fortaleza, y un furioso huracan agitaba en todos sentidos sus banderolas. Observando Isabel que la barca en que iba desde el muelle de la ciudad á la Torre tomaba la direccion de un postigo llamado *Puerta del traidor*, por la cual se introducía á los reos de Estado, gritó furiosa:

—Por esa puerta no! una hija de Enrique VIII no puede pasar por ahí.

—Me conformo con las órdenes de la reina, señora, respondió tristemente Bedingfeld, pues no me atrevería á faltar á ellas por todo cuanto existe en la tierra.

—¡Primero me arrojaré al agua desde la barca, replicó la princesa.

—Suplico á V. A. que tenga un poco de paciencia, porque ese seria un acto de desesperacion, indigno de la hija de Enrique VIII.

Isabel se mordió los labios y fijó sus miradas en Bedingfeld, que hizo seña á los marineros para que apretasen los remos; algunos segundos después se deslizaba la barca bajo el arco oscuro que conduce á la *Puerta del traidor*. El gobernador interino, Sir Tomás Brydges, se adelantó para recibir á la



Las tres reinas.

princesa; pero esta no se movió, obstinándose en permanecer en la barca, y diciendo:

—No he cometido delito alguno de lesa majestad, y por consiguiente no me acomoda entrar por ahí.

—No es vuestra voluntad, señora, sino la de la reina la que tenemos que consultar, replicó Bedingfeld con resolucion: sus órdenes deben cumplirse, y se cumplirán. Someteos á ellas sin oponer resistencia; os lo ruego encarecidamente, puesto que al fin habeis de saltar en tierra de grado ó por fuerza.



Las tres reinas.

—¡Y sois capaz de hablarme así, sir Bedingfeld!

—Me veo obligado á ello, señora.

—Bien: no quiero daros pretexto para que me falseis por mas tiempo al respeto debido.

—¿Quiere vuestra alteza cubrirse con mi capa?

La princesa rechazó furiosa el socorro que Bedingfeld le presentaba contra el frio y el agua, y subiéndola la gradería pronunció estas palabras:

—Aquí llega hoy presa la hija de Enrique VIII. Dios poderoso, te pongo por testigo de esta iniquidad, porque tú, Dios mio, eres mi único consuelo y mi único amparo en el mundo.

—Vuestra alteza es injusta, la respondió Bedingfeld, supuesto que cuenta con muchos amigos; ninguno de ellos, por otra parte, me gana en adhesion á vuestra ilustre persona.

—Decid á la reina que he llegado.
—Bien, señora; pero estais todavía á la intemperie, y espondeis así vuestra preciosa salud.

—¿Qué os importa? No me moveré de aquí, aun cuando los torrentes de agua me ahoguen, hasta que me parezca conveniente. Veremos quién se atreve á hacerme andar contra mi voluntad.

—¡Oh! Nadie: si olvidais lo que os debeis á vos misma, yo nunca olvidaré lo que debo á la hija de vuestro padre.

El tono paternal con que fueron pronunciadas estas palabras conmovió profundamente á la princesa: los buenos sentimientos de su alma triunfaron de su obstinacion, y dió la mano á Bedingfeld diciendo:

—Teneis razon, sir Enrique; soy muy injusta: llevadme adonde gustéis.

Seguia la comitiva por una galeria que daba paso á la habitacion destinada á la princesa, cuando de pronto se estremeció esta, al aspecto de Simon Renard, que embozado en su capa é inmóvil, parecia esperarla. La salud profunda é irónicamente; pero su insolencia irritó á Isabel, que mirándole con altivo continente, dijo á Bedingfeld:

—Echad de aquí á ese miserable: buen servicio haria á la Inglaterra cualquiera que lo separase de mi hermana.

—Vuestra alteza puede pasar, contestó Simon con descaro; vuestro encierro está preparado; y si mis consejos tienen alguna influencia en el ánimo de S. M., solo saldreis de él para tomar el camino del cadalso, en que pereció vuestra madre Ana Bolena.

—Tened entendido que si no os moderais, le gritó el duque de Sussex, que ni el carácter sagrado de embajador, ni la benevolencia con que os honra S. M., podrán evitar que envaine la hoja de mi espada en vuestro cuerpo.

Al entrar en su cuarto preguntó la princesa á Bedingfeld:

—¿Cuántas damas me dejan?

—Una sola.

—¿Y por qué no las retiran todas? Ni aun esa quiero.

—Como gustéis, señora; pero no puedo faltar á las órdenes que tengo.

—¿Puedo escribir á la reina?

—Sí; pero vuestra carta pasará al consejo privado, y este decidirá si el escrito debe remitirse á S. M.

—¿Es decir que dependo exclusivamente del Consejo?

—¡Ah!... Sí, señora; mas teneis un buen amigo en el canceller.

—No lo sé: el trono está cercado por miserables que tienen interés en que no lleguen hasta él los acentos de la verdad. Bedingfeld, decid á la reina que me conceda una audiencia de cinco minutos, y que empeño mi palabra de probar mi inocencia: pedid sobre todo que se me confronte con Wyatt, á fin de que pueda yo arrancar á ese hombre una declaracion sincera.

—Esa entrevista aprovecharia poco á V. A., porque Wyatt asegura vuestra participacion en el último levantamiento.

—Miente: le habrán hecho declarar esa impostura dándole esperanzas de salvarle la vida; pero retractará sus palabras en cuanto me vea. Sí; le desafío á que me mire cara á cara, y á que persista en los cargos que me ha hecho. Pero... no; no puedo creer semejante infamia de Sir Tomás Wyatt, porque es un valiente y abriga sentimientos demasiado nobles para representar un papel tan degradante.

—Wyat ha sufrido ya el tormento ordinario y el extraordinario, repuse Bridges, y la sorprendente firmeza que mostró en el primero cedió en el segundo.

—Perdono á ese desgraciado con todo mi corazón. Resulta pues que su deposicion nada prueba.

—Así lo deseo; mas no debo ocultaros que la ha firmado, y que ha sido puesta en manos de S. M.

—Bien. ¿Me ofreceis, sir Enrique, solicitar de la reina una audiencia en presencia de Wyatt?

—Debo daros prisa á complaceros, respondió Bedingfeld, porque ese caballero debe ser ejecutado mañana.

—¡Mañana! ¡Ah! Si muere sin desdecirse, estoy perdida.

—La reina oirá de mis labios las mismas palabras que han salido de los vuestros; y á vuestros ruegos uniré los míos.

—Hay una circunstancia feliz en favor de V. A., observó Bridges: la reina, que hace días reside en Whitehall, debe venir hoy precisamente á la Torre, y la esperamos de un momento á otro... ¡Ah! Ya se oye el redoble de las cajas... ya disparan los cañonazos... sin duda llega S. M.

—El cielo interviene en mi salvacion, exclamó la princesa. Volad á su encuentro, Bedingfeld, y que no se os adelante el perdido Simon Renard. Tal vez querrá el Omnipotente que yo viva lo bastante para poder recompensar dignamente algun día este importante servicio.

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.